

Proceso Espiritual



de Juan María de La Mennais

Hno. Carlos Lovatto y Benito Zampedri

Introducción

Todo hombre al nacer trae consigo una carga de potencialidades dispuestas a encontrar un terreno donde germinar y transformar la historia desde la fecundidad de su carisma. Pero a la vez, todo hombre es deudor de su época histórica, de la realidad socio-económica de su país, de su tierra.

Nuestra condición de seres encarnados, nos une sustancialmente al tiempo; por eso hablar del tiempo como espacio donde se desarrolla la existencia del hombre, no es vanidad; es querer penetrar en lo más íntimo de su ser y de su hacer. Es compenetrarse de su espíritu¹. Por ello es que iremos evocando, para comprender a nuestro padre fundador, las coordenadas históricas en que se sitúa su vida.

Cuando Juan María nace², la sociedad francesa presentaba todavía un aire de perfil medieval. El rey era el monarca absoluto y de derecho divino luego, los estamentos más privilegiados eran la nobleza y el clero. El resto de la sociedad constituía lo que se llamaba el tercer estado.

A lo largo del S. XVIII la situación del pueblo había ido empeorando; la década del ochenta está marcada en Francia por una aguda crisis³. La Iglesia y la religión comenzarán a ser perseguida, sentirá el peso de la expropiación de los bienes; pero el golpe más fuerte es el que da frente al estado religioso. Se suprimen los institutos de votos solemnes, se prohíbe la admisión de novicios, excepto para la enseñanza y la beneficencia. Unido a esto, la Constitución Civil del Clero, promulgada el 12 de julio de 1790, en la que se procede a la remodelación de la diócesis. Los Obispos serían elegidos por los ciudadanos, el cuerpo electoral de cada distrito elegiría a los párrocos. A los sacerdotes que no juraban esta Constitución se los llamaba “refractarios” y tenían que desarrollar su misión pastoral en la clandestinidad. A medida que la revolución se fue radicalizando se vieron más perseguidos.⁴

Este es el contexto histórico que vio nacer a Juan María; en este “nuevo resurgir” de la humanidad, nuestro fundador, hará fecundar los dones derramados por Dios en su persona. Como muy bien dirá el Hno. Josu F. Olabarrieta, “los ojos de Juan María se fueron poblando de imágenes dolorosas, de llamadas urgentes, de íntimas presencias, que marcarían decisivamente su vida. Todos nos hacemos por mil pequeñas influencias, la familia, la educación, el ambiente, que van amasando los perfiles de cada uno”⁵

¹ “El padre fundador ha sido atraído por la historia y los problemas de su época: vivió en un período del desarrollo de la gran industria, el nacimiento del proletariado (Marx es su contemporáneo), la abolición de la esclavitud... quería siempre una información rigurosa e informes precisos para dirigir su acción, iluminar su camino, prever respuestas y preparar el porvenir.” Cf. Ollivier, Gilbert, “La personalidad de Juan María de la Mennais, p. 19

² Cf. Rizzo, Juan R. “Juan María de la Mennais” Ediciones Menesianas, Victoria 1982. Pp 13-17

³ “El cinco de mayo de 1789 se reunieron los llamados Estados Generales (Nobleza, Clero, Estado Llano) Bajo la presión de los líderes del tercer estado los Estados Generales se transforman en Asamblea, que jura no separarse antes de haber dado a Francia una Constitución. El 14 de julio de 1789, se produce el asalto a la Bastilla, su caída en manos del pueblo produjo un gran impacto sociológico enorme: la Bastilla era el símbolo del poder real que ya no sería invencible.”

⁴ Durante la época, llamada del terror, que alcanza sus expresiones jurídicas y toda su ferocidad entre septiembre de 1793 y julio de 1794, bastaban dos testigos para enviarles a la guillotina.

⁵ Cfr. Revista Testimonio y Testigo, N° 155 noviembre de 1996. Folletos con El. Olabarrieta, Josu, “Juan María de la Mennais, los ojos abiertos a más vida” p 6.

Primera Etapa⁶

Iniciación cristiana

En una naturaleza rica en dones la gracia de Dios también actuaba. Ruiz Salvador señala, “*el Bautismo es la raíz y síntesis de todo el proceso espiritual y no un simple punto de partida o un comienzo temporal*”⁷. Esto es precisamente lo que trataremos de ir percibiendo en este trabajo.

Juan María es bautizado el mismo día de su nacimiento, el 8 de septiembre de 1780, fiesta de la natividad de la Virgen María y lleva el nombre de Juan Bautista.

Este don del Espíritu recibido en el bautismo ha fructificado en el niño bajo la influencia familiar, especialmente de su madre, mujer cultivada, muy piadosa, que deja una huella duradera, una profunda y especialmente tierna devoción mariana. Juan María tenía sólo siete años cuando su madre muere. Será luego, su piadosa tía quien seguirá cultivando el espíritu mariano en el ámbito familiar.

Otras son las cualidades que Juan María, va heredar de Pedro Luis. En efecto, su padre poseía un certero y refinado sentido para los negocios. Era uno de esos atrevidos emprendedores que se largaban a la mar. Fletaba con Terranova y negociaba telas con las grandes casas de Europa. Pero su vida, no sólo se abocaba al comercio, también hacía grandes prodigios de abnegación y generosidad. Así en 1782, le corresponde el cargo de subdelegado de intendencia de Bretaña; en 1786, después de las malas cosechas, cae sobre el país una penuria atroz; es cuando se lo ve gestionar en el extranjero, la compra de granos, de harina para alimentar la zona de Saint-Malo. El Rey Luis XVI hará justicia al celo del funcionario, enviándole cartas de nobleza.

Juan María irá conjugando a lo largo de su vida las cualidades que la bondad de Dios le ha regalado con la actitud mariana de la obediencia, la integración se dará en la búsqueda por hacer la obra de Dios.

Las raíces familiares y sociales lo marcan profundamente, en efecto, el arraigo familiar que ha experimentado Juan María entre sus hermanos⁸ ha perdurado en el tiempo. Sobre todo con Feli; en una carta a su sobrino escribe: “*iPobre Feli! ¡Qué feliz sería yo al saber que está cerca de nosotros! Estoy condenado a no poder decirle a la cara cuánto le he querido y cuánto le quiero*”⁹. La misma actitud se encuentra frente a su

⁶ Para la elaboración de las etapas de la vida espiritual nos valdremos básicamente de los siguientes materiales bibliográficos: Merlout André “Jean -Marie de la Mennais” Editions Bonne Presse. Paris. Traducido como “Juan María de la Mennais” por Gomiz Próspero, Ediciones Menesianas 1980. Y Friot Philippe, “La Espiritualidad de un hombre de acción” Ediciones Menesianas. Madrid 1994. Los cuales citaremos con cierta libertad. Nos guiaremos por la presentación que hace Ruiz Salvador de las etapas de la vida espiritual.

⁷ El artículo de Ruiz Salvador, en “Problemas y Perspectivas de espiritualidad” Gaffi- Secondin, Ediciones Sígueme, Salamanca 1986 Pp. 314.

⁸ “Juan María es el tercero de seis hermanos entre los que sólo se cuenta una mujer. El mayor Luis María fallece a los 29 años. El segundo, Pedro Juan a los seis años. El más joven a los 33 años. Fue este último el más inestable de la familia: soldado de Napoleón, aventurero, alejado de los suyos de los que sólo se acordaba para pedirle dinero. Los demás fallecieron a edad relativamente avanzada, Feli a los 72 años, María José a los 67 años” Cf. Cf. Rizzo, op cit Pp 12

⁹ Carta del 2 de mayo de 1851, AFIC “Juan María vive tan intensamente como Feli este afecto fraterno. Juntos han saboreado las alegrías familiares, otras más íntimas, la de la participación espiritual y el trabajo común al servicio de Dios, hasta la gran crisis que marca la ruptura de feli con la Iglesia, y también con gran

hermana María José: *“Desde hace seis días he llorado mucho y lloraré mucho tiempo... Adiós Ange, adiós Marie: abrazos para los niños de su tío Juan que los quiere como los quiere, es decir, con todas las fuerzas de su pobre corazón roto”*¹⁰ Estos textos ponen de manifiesto la rica sensibilidad que habita el corazón de Juan María. Esta sensibilidad será el humus que haga germinar la espiritualidad de los lazos. Mucho insistirá el fundador a los Hermanos en el amor, el cuidado, la atención a los chicos en la escuela.¹¹

Los Sacramentos de la iniciación cristiana, señala Ruiz Salvador, infunden la vida sobrenatural, dan los medios para su desarrollo, señalan la ruta y anticipan la meta; son dones y compromisos al mismo tiempo.¹² Creemos, que es esta precisamente la experiencia que Juan María va viviendo durante su adolescencia. Precisaremos ahora, algunos rasgos que revelan y aclaran aspectos de su personalidad espiritual.

La víspera de su partida, Monseñor de Pressigny¹³ era el invitado de honor de los señores de La Mennais, Juan escuchaba, necesita decir algo, en un silencio de la conversación dice: - Monseñor ¿Podría ayudarlo en la misa mañana? - ¡claro que sí, hijo mío! Y enseguida le propone: - Dime Juan María, ¿sabes bien el catecismo? ...¿Quieres hacer la primera comunión? ...¿Quieres que te confirme? ...¡Oh, sí, Monseñor! ...Al día siguiente el último obispo de Saint-Malo trazaba en la frente de Juan María la señal de los fuertes. A la hora de partir se acerca: toda la familia se hallaba reunida en el gran salón para la despedida, faltaba Juan María. Lo llaman. De repente, aparece con un bastón en la mano y al hombro un hatillo mal hecho donde ha metido libros y ropas.

- ¿Dónde vas así? – le pregunta el padre. Con Monseñor; es mi Obispo, lo sigo, quiero ser sacerdote.
- Te agradezco, Juan, “pero no puedo llevarte conmigo” –contesta el prelado emocionado -. Más tarde cuando vuelva te haré sacerdote.

André Merlaud, se pregunta *“¿Quién podría adivinar lo que pasó en aquel momento, para que en un instante el Obispo, a punto de fugarse, le suministrase los sacramentos?... Y concluye, no cabe la menor duda que la vocación de Juan María data de aquella madrugada a la vez dolorosa, a la vez magnífica”*¹⁴

parte de su pasado y poco a poco, su hermano. Aquí llega para Juan María el tiempo de lo grandes sufrimientos, pues conserva hacia Feli toda su ternura.” Cf. Philippe Friot, op cit p. 37

¹⁰ Carta del 16 de enero 1814, AFIC

¹¹ Un elemento esencial en la educación menesiana son los LAZOS (liens). Para Juan la vida se juega en los lazos. La salvación se juega en las relaciones que yo establezco con Dios y con los niños. El lazo que une al educador con Dios es el mismo lazo que lo une a los niños. Los niños no son una distracción de Dios, diría Juan. De esta manera la escuela se transforma en el ámbito de la experiencia de Dios. Allí encuentro y me encuentro con Dios. Voy a Dios con los niños y a los niños con Dios. Si la misión no es experiencia de Dios, algo anda mal... “No vean su vocación solamente en relación a sus intereses, sino consideren también los lazos esenciales que su estado les hace contraer con una multitud de niños cuya suerte eterna está, en cierto modo, entre sus manos” Cf. S VIII p. 2368.

¹² Cf. Ruiz Salvador, Op Cit. Pág. 314

¹³ “En 1789... Estalla en Saint-Malo el motín. El pueblo responsabiliza al obispo de la carestía de pan. Hacen añicos sus jardines y destrozan las puertas de su palacio. Solo la presencia de la Guardia Nacional lo salva de ser linchado. Poco después, unos agentes municipales le comunican la orden de cesar en sus funciones. El edicto se fija en todas las paredes al son de las trompetas y tambores. Así proscrito, Mons. De Pressigny decide marcharse. Busca refugio en Saint-Servan. El lugar parece seguro, en caso de alarma bastaría empujar una puerta para hallarse en la casa de los La Mennais. El armador (El padre de J. María) por su parte, por habilidad o complacencia ha dado ya al régimen muestra de perfecto civismo. Pero es en la adversidad donde se prueba la amistad, el armador lo sabe bien. Por eso decide poner a disposición del Obispo un barco que recalaría en las islas inglesas”

¹⁴ CFr. Merlaud André, Op Cip. P 23

Como muy bien señalaba Ruiz Salvador, los sacramentos no solamente infunden la vida sobrenatural, sino que también dan los medios para su desarrollo, esta es la vivencia que encontramos en Juan. Porque esta experiencia no queda en anécdota, se transforma en vida, en opciones, en actitudes concretas.

Como lo habíamos señalado en la introducción, el desorden político trajo el espanto del terror. Le Carpentier, un loco sanguinario, es nombrado Procónsul de Saint-Malo el 15 de noviembre de 1973, por una simple denuncia cercenaba cabezas. Los decretos del 14 y 15 de abril amenazaban con la guillotina a todos los sacerdotes no juramentados. A pesar de ellos los mejores permanecieron en sus puestos. Juan María se había unido a uno de ellos, al profesor Señor Engerrand. Y con una vecinita, organizó un verdadero centro de contraespionaje. Con ello los sacerdotes proscritos podían recibir noticias de los suyos y en caso de registro huir como ardillas por los canalones de los tejados.

Una noche, engañado por la luz de la luna, Juan María se levantó demasiado temprano. La patrulla le intercepta: -¿quién vive? Camaradas – pregunta con naturalidad-, ¿qué hora es? -¿La una! – le contestaron. -¿Gracias y salud, camaradas!... Mientras se dirige a casa del señor Engerrand. Para celebrar la misa.

Otra noche, en el muelle, se encuentra con un marino de andar torpe y aire azorado y desconfiado - ¿Quién es usted? – le pregunta Juan María. El marino inventa un cuento inverosímil. Entonces Juan María se planta adelante y le dice: - Ud. Es sacerdote, ¿no es así? Vengan a casa de mi padre, le ayudaremos. Era el abate Vielle, proscrito Noyon. El espía acaba de encontrar a su primer profesor de teología. A partir de ese día, se preparó una capilla clandestina en el desván y a media noche comenzaba la misa con toda la familia. Calaron con tanta hondura estas imágenes de catacumba que en la imaginación de los niños, que Feli, ya viejo y achacoso, endurecido y rebelde, las recordará aún con emoción.

Rescatamos estos acontecimientos, porque nos parece significativo, que siendo adolescente Juan María, entre la aventura y el compromiso, expresa su amor a la Iglesia¹⁵, su amor a los sacerdotes. Creemos ver aquí también, encenderse esa chispa de creatividad, que ha caracterizado a Juan María en su vida apostólica, para llevar adelante la obra de Dios, sobre todo para responder a las necesidades, de la Iglesia, especialmente en el campo de la educación y la apertura a las misiones. Esto es lo trataremos de ver en el próximo capítulo.

Nos falta abordar un aspecto importante de su vida de adolescente, al respecto, Ruiz Salvador señala que la conversión puede llevarse a cabo de manera gradual en el surgir de la personalidad individual, en la adolescencia o en la juventud. Remarca también que, *“el compromiso típico de esta fase espiritual es la constitución de las bases objetivas y subjetivas de la vida cristiana. Integrándolas en el proceso de afirmación de la personalidad y en el desarrollo de la existencia concreta. Es preciso evitar que se formen*

¹⁵ “Debemos amar a la Iglesia como amamos a Jesucristo de quien es la esposa y que no forma más que con El, un mismo cuerpo y una misma carne...Es decir debemos amarla con todo nuestro corazón, sintiendo profundamente sus males, afligiéndonos por sus pérdidas, alegrándonos con sus victorias... Debemos amarla con toda nuestra voluntad; es decir, que todas nuestras acciones deben ser referidas a su gloria, que no tengamos otras voluntades más que esta;... Finalmente debemos amar a la Iglesia con todas nuestras fuerzas, consagrándoselas por entero: no tener nada que no le pertenezca, y no negarle ningún trabajo, por penoso que pueda ser, cuando se trata de serle útil”. J.M. a los novicios de la Congregación de Saint-Méen. A VIII, 2487-2502

dos mundos, el de la vida espiritual interior y el de la existencia real".¹⁶ Nos queda ver ahora como Juan María ha ido integrando en un *síntesis vivencial* los contenidos de la fe en el vivir cotidiano. Esto lo vemos en actitudes concretas que han desconcertado a su padre más de una vez.

Pedro Luis, el hombre de negocios, el subdelegado de la intendencia de Bretaña, asiste a las fiestas patrias; en una oportunidad quiere que lo acompañe Juan. Juan María se siente encantado, además vestirá uniforme galardonado y un sable de verdad. Pero algo lo inquietaba, entonces consulta con su tía - ¿Los intrusos¹⁷ estarán allí? - ¡Claro, van a bendecir armas y banderas! Juan consulta entonces a su tía, - ¿Es pecado asistir a estas fiestas?, la tía le responde, ¡Así me lo temo, hijo mío! Juan ya había tomado una decisión, el valiente soldado no aparece en público hasta después de terminado el desfile.

Una actitud parecida ha mostrado en otra oportunidad; cuando su hermana, de once años, fue invitada a un baile de sociedad, en la casa de unos amigos de la familia. La niña consultó con el hermano, el cual sin rodeos, le confesó que tal placer pudiera ser, en conciencia, peligroso e inadecuado; esto por el espíritu liberal republicano que reinaba en la sociedad. Lo cierto que María no se ha preparado para la fiesta. Ha reflexionado: "no puedo, no debo asistir a él". Juan va a recibir por primera vez un título honorífico, - ¡Apuesto que es el "doctor" quien ha decidido eso! Y recibió de su padre, el diploma, un terrible bofetón.

El testimonio de su vida, sus actividades pastorales, los momentos de prueba..., no desmentirán la unión sustancial de fe y vida, que Juan María ha comenzado a vivir.

¹⁶ Cfr. Ruiz Salvador, Op Cit. P 315

¹⁷ Aquí Juan María hace referencia a los curas que han jurado la Constitución Civil del Clero.

Segunda etapa

Personalización y consolidación

A la hora de especificar en qué consiste esta etapa, Federico Ruiz Salvador, nos dice lo siguiente:

“En el itinerario del crecimiento este momento espiritual tiene un papel decisivo e insustituible. Aquí es donde se personalizan los contenidos de la iniciación, donde se echan las raíces sólidas para arrostrar la crisis de transformación que tienen lugar en la fase siguiente. En este momento, a mi juicio, es donde se forja el futuro relevante o mediocre de la mayor parte de los cristianos.

(.....) Aquí el cristiano acoge y construye su vocación personal, organizando en torno a ella sus propias capacidades y las gracias que recibe”¹⁸.

Juan viene madurando desde hace varios años su decisión de ser sacerdote. Está llegando la hora que la Providencia marcó. Lo tiene claro. Le ha costado demasiado arrancarle al padre la autorización. En una carta que Juan le escribía a su amigo Bruté el 3 de diciembre de 1809 dice: *“Papá no quería que abrazara el estado clerical. Pero el día de San Francisco Javier de 1801, insistí de nuevo y al fin me dio su consentimiento para ir a París con el objeto de recibir el subdiaconado. Este cambio tan imprevisto, ya que las circunstancias eran harto difíciles, lo atribuí a la intercesión del Apóstol de la Indias”*.

Aprovechando el permiso paterno viaja a París. Estando allí va a misa a la capilla de las Carmelitas. En la voz del cura que celebra cree reconocer una voz antigua, adormecida en los recuerdos de la infancia. Pero a medida que la misa avanza esa voz va tomando cuerpo y nombre: era el Obispo que conoció de niño y que muchas veces alojó en su casa, quien le dio la primera comunión y lo confirmó. Este acaba de llegar del destierro.

Finalizada la misa se encuentran los dos en la sacristía y después de presentarse se confunden en un abrazo emocionado. Juan le dice: “Monseñor ¡quiero ser sacerdote!. Ambos salen a caminar. Han llegado. Es la calle Vaugirard. Se detienen en el convento de los carmelitas. Aquí, hace nueve años, las hordas revolucionarias establecieron un rito de sangre y muerte. Millares murieron, entre ellos unos trescientos sacerdotes. Juan nunca olvidará la observación que le hizo su obispo en el lugar: *“Los verdugos todavía viven: ¿piensas, hijo mío, que no pueden volver? La respuesta no se hace esperar. Pueden retornar, Monseñor. He visto en Bretaña a sacerdotes subir al cadalso... El triunfo de la religión es una causa por la que moriría muy contento”*¹⁹. Lo tiene claro. Le ha costado demasiado...

No hay dudas para Monseñor de Pressigny. Su último confirmado en Bretaña tenía una verdadera vocación. Al día siguiente, en la capilla de las Ursulinas le confería la tonsura, las órdenes menores y el subdiaconado. Más tarde Juan María recordará este hecho y dirá: *“Me presenté al Señor como víctima que debía ser consumada, aquí abajo, por la llama de su amor”*²⁰.

¹⁸ André Merlaud, Op. Cit. Pág. 316

¹⁹ La veille: “Jean-Marie de la Mennais” Tomo I, pág. 36.

²⁰ André Merlaud “pág.36”.

Una vez ordenado subdiácono regresa inmediatamente a su Saint Malo natal. Allí tiene un proyecto para llevar adelante junto a otros dos sacerdotes: un colegio eclesiástico. *“Le preocupa la ignorancia en que se mueven los niños. Conocen, dice, mejor el manejo del fusil y del cañón que el alfabeto. La instrucción religiosa está más aún abandonada”*.

Es ahí, en el colegio eclesiástico donde se le despierta, se le afina y concentra su sensibilidad por el mundo de la educación. Descubre, con ojos lúcidos, despertados en la adolescencia, que es en ese campo donde se libran las verdaderas batallas del hombre. Ahora en el contacto vivo y real con los muchachos, en la experiencia diaria de las clases, en el vivir permanente entre y para los jóvenes, comienza a palpase la certeza naciente de que la no es un aula, sino un templo²¹; no una función sino un ministerio.

“El joven subdiácono enseña el dogma y la moral a los alumnos de su edad. (.....) La competencia a Juan le asegura el respeto. (.....) espíritu vigoroso, (.....) elocuente, (.....) sabe adaptarse, respetar la cortedad de sus alumnos, animarlos, estimularlos, provocar en ellos el ansia de la investigación”²².

El 25 de mayo de 1804 es ordenado sacerdote. Sólo tiene 23 años y hay que solicitar dispensa²³. Luego es nombrado coadjutor de Saint Malo. Asume esta tarea pero no deja la enseñanza.

Doce años de trabajo llevó a cabo en el Seminario de Saint Malo. Doce años en los que fue cultivando su sensibilidad educativa. Su corazón se va apasionando intensamente por los niños y por los jóvenes. La misma tarea docente le ha enseñado que las respuestas no pueden ser puntuales, deben estar inteligentemente articuladas.

A todo y en todo se dedica con alma y vida. Esto lo agota y de tanto en tanto tiene que tomarse un tiempo para descansar por prescripción médica.

Sus tiempos de descanso no son infecundos. Su espíritu es inquieto. No puede estar sin hacer nada. Es el tiempo para la formación permanente. Escribe el canónigo Robillard: *“Se conjuntaban en él, los elementos de un sabio, de un erudito y al mismo tiempo de un escritor de primera categoría... era hombre de grandes conocimientos, que había leído inmensamente. En sus lecturas nada pasaba por alto, nada desapercibido y todo lo leído lo retenía para analizarlo y valorarlo más a fondo”²⁴. “En cuanto al saber, añade el sacerdote Guilloux, quien intimó con él más de veinte años, M. de la Mennais fue sin duda uno de los hombres más eruditos de su tiempo”²⁵.*

Junto a su hermano Feli van a producir dos bastas obras literarias que luego sólo saldrán al público con la firma de su hermano²⁶. Juan usa todo medio disponible a su alcance para dar a conocer lo que cree justo y recto y a la vez descubre como voluntad de

²¹ “Vuestra escuela es un templo en el que ejercéis una de las más augustas funciones del sacerdocio, la de enseñar” (S. VII, 2326).

²² Merlo pág. 40.

²³ El Señor Meslé de Grandelos, Vicario Capitular, de Saint Malo, escribe en su carta al Cardenal Caprara, Legado del Papa en París lo siguiente: “Sujeto tan estimable por su piedad, su modestia, su madurez, como recomendable por sus talentos en el estado eclesiástico, en el dogma y en la moral y su adhesión a las decisiones emanadas de la Santa Iglesia Romana”. Merlo págs. 41-42.

²⁴ Canónigo Robillard, notas manuscritas, AFIC.

²⁵ Mons. Guilloux, notas manuscritas, AFIC.

²⁶ Una de las obras es “Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en el siglo XVIII y sobre su situación actual”, y “Tradición de la Iglesia en el nombramiento de los obispos”.

Dios. En algunos momentos hará uso de la escuela, en otros del púlpito, de la pluma, de las misiones, de los retiros, de los grupos juveniles, etc.

Después de una corta cabalgata, Juan María ha vuelto al Diccionario Teológico de Bergier. Se ha parado en la palabra “Jacobitas”. La lectura le absorbe. Todo se esfuma, desaparece a su alrededor, nada en absoluto le distrae. De pronto se levanta de un salto, se sienta en su escritorio, toma la pluma de ave y escribe largo y tendido, con rasgo rápido y nervioso, todo lo que de su alma desborda y que él llamará “El torrente de ideas vagas”. Es el 13 de noviembre de 1807 y son las cuatro de la tarde. A las cinco y media se para; tiene la cabeza ardiendo. En treinta y tres artículos acaba de esbozar la maqueta de una inmensa reconstrucción cristiana. *“Reunión de las sectas separadas de la Iglesia Católica. Hacer un libro... Observaciones sobre la vuelta de todas las religiones a la unidad de Dios... las misiones... las escuelas, las congregaciones, la reforma del clero, el asociacionismo seglar, los primeros ensayos de Universidad, el periodismo católico... los estudios eclesiásticos...”*.²⁷ Luego gastará toda su vida en canalizar este torrente.

Luego de un mes vuelve a su labor en Saint Malo. Al poco tiempo los acontecimientos históricos lo obligarán a conocer el mundo de la educación por dentro, la Universidad, sus leyes y sus artimañas. También poco a poco tendrá que ir rompiendo lazos. Sabe que no puede vivir tejiendo recuerdos, saboreando pasados, ni desgranando nostalgias. Habrá otros lazos que le descubrirán senderos nuevos, marcados por DIOS SOLO.

La Providencia va cortando paulatinamente los lazos con Saint Malo y los va atando suavemente con Saint Briec. Aquí está su futuro. Primero como secretario de monseñor Caffarelli y luego como Vicario Capitular de la diócesis. Enseguida arma un proyecto pastoral para la diócesis. Las cartas pastorales, las líneas organizativas que diseña, las reformas que establece, todo, todo está unguado por su espíritu de intrepidez. Es un hombre valiente, decididamente arrojado. No temerá las amenazas que le llegan desde los simpatizantes de Napoleón, dirá: *“No me disgustaría que la lea²⁸... puede matarme, pero no vencerme”*.

Juan es toda fuerza y acción. No se puede quedar con los brazos cruzados ante las necesidades que va palpando con sus manos día a día en la diócesis. Marcará prioridades, se dejará empapar por la realidad que afinará sus intuiciones fundamentales. Renovará el clero. Estará cercano y disponible para ellos. Los acompañará y los sostendrá. Afrontará las misiones populares e irá descubriendo que los enemigos de la fe se apresuran en ocupar un campo: el campo de la educación. Campo clave para Juan, pues allí se juegan las grandes batallas del hombre y del futuro. Ese es el campo de la educación integral de los niños y de los jóvenes.

Esta realidad lo provoca, lo interpela, lo llama a dar respuesta: educar al hombre entero²⁹, inteligencia y corazón, memoria y sentimientos, valores y actitudes. Sabe que

²⁷ Estudios Menesianos “Comentario sobre el torrente de ideas vagas de Juan María de la Mennais”, Ediciones menesianas, Nanclares de la Oca, Álava, abril de 1988.

²⁸ Primera Carta pastoral, en homenaje al Obispo fallecido Monseñor Caffarelli, donde dice lo siguiente: “...Cuando la Iglesia entera fue atacada en la persona del Soberano Pontífice, cuando el orgullo coronado quiso estrangular a la Esposa de Cristo entre sus brazos de acero, el obispo de Saint Briec sólo tuvo un temor, el temor de Dios”.

²⁹ “...porque si es bueno instruir a los niños, es necesario también educarlos; y si es bueno desarrollar su espíritu, es necesario también formar su corazón, y si es bueno iniciarles en los mecanismos de la lectura, de la escritura y del cálculo, es mejor aún inspirarles el gusto por la virtud y la verdad”. La enseñanza religiosa pág. 39.

sólo no puede. Busca ayuda. Se apoya en, quién será su amigo y cofundador, Gabriel Deshayes. Hombre de una sensibilidad social fuera de lo común.

Las urgencias aparecen cada día con nuevo rostro y va sintiendo que hay que ser creativo, algo o Alguien le está pidiendo respuestas nuevas. Una realidad le despierta y le hiere: *“Los niños piden pan y no hay nadie que se los reparta”*³⁰. La enseñanza mutua va ocupando espacios. Juan se multiplica en mil acciones para contrarrestarla. Pero una gota de agua rebasó el vaso, fue el 20 de marzo de 1819³¹. Juan María respondió de inmediato. Es hombre de respuestas rápidas. Tres meses más tarde funda la Congregación de los Hermanos de la Instrucción Cristiana, con el objeto *“de procurar a los niños de las clases populares, especialmente de las zonas rurales de Bretaña, maestros sólidamente piadosos”*.

Juan no se quedará aquí. Le sobra la osadía y su voluntad de hierro le mantiene vertical, empañado en su acción, sostenido por esa confianza inquebrantable en la Providencia. Fundará también otras congregaciones religiosas como lo son las “Hijas de la Providencia de Saint Briec”, la que fue la “Sociedad de Saint Méen” (sacerdotes) la que fue luego la Congregación de San Pedro y otras.

Resumiendo podemos decir que Juan María era un hombre de acción, hecho para organizar, para crear, para conducir a los hombres. Hombre de temperamento fuerte³². Se dirá de él: *“Nadie es más tenaz que él en los proyectos que concibe, más ingenioso en recursos, más constante e incansable en emplearlos... Pone mucho espíritu, actividad, talento para los negocios, atrevimiento para continuarlos, perseverancia para seguirlos, dicha para salir airoso. Un gran celo por el bien de las almas, pero para estar plenamente cómodo, no tiene que tener ni superior ni igual... su opinión debe prevalecer y su voluntad de hacer ley... decidido, resuelto, artificioso, y si es preciso, déspota”*³³.

Junto con Ruiz Salvador decimos que Juan María *“es el adulto que se siente situado eficazmente en la sociedad, en disposición de realizar, de conocer los mecanismos políticos, sociales y técnicos (.....) Juan es el adulto que va realizando una nueva apertura a la trascendencia, a la presencia del Espíritu en la historia y en el corazón”*³⁴. En esta etapa de su vida Juan se ha comprometido con alma y vida en la tarea social por una Iglesia más comprometida, más solidaria con la educación, atenta a la formación de su clero, a las misiones, etc. Juan no ha huido del mundo. Es precisamente allí donde descubre las provocaciones de Dios, sus llamadas. Es en el tejer de la historia donde va descubriendo los caminos de la Providencia y por donde esta lo va conduciendo. Su misión, su tarea, es experiencia de Dios. Se topa con Dios en la vida de todos los días. Juan está unificando su vida en torno a dos realidades que le son esenciales: el DIOS SOLO³⁵ y la DIVINA

³⁰ Lamentaciones 4,4.

³¹ Circular del Señor Remond que manifiesta que todos los maestros deberán formarse con el método lancasteriano.

³² “En Saint Briec eso molesta a muchos que no estaban acostumbrados a tanto vigor: vigor en los mandatos, vigor en las órdenes, en los apremios, vigor en el empuje dado a una administración adormecida que acaba de encontrar un jefe. Los Jacobinos de la ciudad no se engañan: El capítulo era bueno... dicen; pero nos ha llegado un pequeño bretón del que no se hace lo que se quiere. Ya no tenemos fuerza. ¡No es más alto que mi bota, pero mira cómo habla!” H. Gilbert Ollivier “La personalidad de Juan Marie de la Mennais”, traducido por el Hno. Delfín López con el nombre de “La personalidad de Jean María de la Mennais”. Ediciones menesianas. Córdoba. Argentina. Año 1980.

³³ Canónigo Lesage: memorias manuscritas. Archivos diocesanos de Saint Briec.

³⁴ Ruiz Salvador pág. 316.

³⁵ “Es fácil decir que uno quiere ser enteramente de Dios. ¿Quién no lo ha dicho mil veces? Pero qué raro es quererlo plenamente, fuertemente y sin dejar flotar de un lado a otro una voluntad medio enferma y lánguida de la cual una parte que se eleva al cielo lucha contra la otra que cae hacia la tierra” (A. 31).

PROVIDENCIA³⁶. En los acontecimientos descubre la voluntad de Dios. Fe y vida se van atando.

Juan ha quemado una etapa de su vida al servicio de los demás. La etapa de la fuerza personal, del entusiasmo, de los proyectos, de las ilusiones. Ha sido luz para otros. Ha hecho mucho. Pero se pregunta y se cuestiona, así lo expresa: *“Hemos contribuido a la conversión de algunas almas, quizá, pongamos que hayamos hecho milagros, abierto los oídos a los sordos, enderezado a los cojos: ¿entraremos en el Reino de Dios? Esas obras en apariencia tan bellas y tan brillantes, de las que los hombres se maravillan, ¿qué son en realidad?, ¿no hemos perdido todo el mérito?, ¿no las hemos manchado al atribuirnos la gloria?, ¿es por Dios, por Dios Solo que hemos obrado?. ¡Ah! Al menos comencemos a no ver más y a no buscar más que a Él, a fin de no llegar con las manos vacías y despojados de todo mérito y virtud a su terrible juicio”³⁷.*

Concluimos esta etapa con unas palabras del Hno. Philippe Friot: *“Juan María de la Mennais es verdaderamente un hombre ‘transformado por Dios’; es un espiritual que vive para Dios Solo y así unifica toda su existencia. ‘En él la gracia de Dios no ha sido infecunda’³⁸: le ha marcado profundamente y esto explica su irradiación³⁹.*

La cruz no se hará esperar. Está a la puerta. No lo va a sorprender desarmado. Sufrirá mucho, pero su fe no se debilitará. Ha edificado sobre roca. Su roca preciada es: ¡Dios Solo!⁴⁰.

³⁶ “El alma dócil y flexible en las manos de Dios, que no se resiste a las inspiraciones de su gracia, que cree que es El quien dirige a los hombres y sus consejos, este alma, digo, lejos de irritarse por la contradicción y de estar dolorosamente agitada por continuos movimientos de impaciencia y despecho, gusta una paz que nada altera y siempre bendice, adora con una delectable alegría y un tierno amor los designios de la Providencia sobre ella” (M.119)

³⁷ A. 31

³⁸ Cfr. Cor 15, 10.

³⁹ F. Phillippe Friot “La espiritualidad de un hombre de acción” Ediciones menesianas, Roma. Año 1992. Pág. 50.

⁴⁰ “El hombre más razonable sería aquel que alimentase su espíritu de un solo pensamiento: ¡Dios Solo! Pero sólo el corazón cristiano puede entender esta palabra: ¡DIOS SOLO!” (A. 31).

La tercera etapa

La crisis

Hablar del seguimiento doloroso de Cristo, en la vida de Juan María, es tocar el núcleo fundamental de su experiencia de Dios. Juan María irá descubriendo que Dios hace experiencia con él, que lo busca, lo escruta y por ello lo prueba. Juan María dirá: *“¡Qué se haga la voluntad de Dios! Mi alma está desgarrada... trato de reanimarla al pie del crucifijo. Dios mío, lo quiero por tu lo quieres. ¡Mira mi corazón, quebrántalo, tritúralo al pie de la cruz!”*⁴¹

Dios sabe lo que hay en el corazón del hombre; este corazón es muchas veces un revoltijo de intereses, preocupaciones y afectos muy diversos y contradictorios, entre los cuales se encuentra también él, pero no es el único y ni siquiera el mayor amor de la vida.⁴² Juan lo experimenta: *“Es fácil decir que uno quiere ser enteramente de Dios. ¿Quién no lo ha dicho mil veces? Pero qué raro es quererlo plenamente, fuertemente y sin dejar flotar de un lado a otro una voluntad medio enferma y lánguida, de la cual una parte se eleva al cielo y lucha contra la otra que cae en tierra”*⁴³. Dios prueba al hombre, le pide el sacrificio de lo más querido, aquello que siente que le pertenece desde siempre o que ha entrado en su existencia, llenado su corazón y lo hace sentir vivo. Dios quiere ser el único amor del hombre Juan María irá gustando esta experiencia, pero no sin pasar por la oscuridad, la aridez, el abandono, la incapacidad total.

Juan María ha afrontado el sufrimiento como discípulo fiel y valiente, pues la contemplación del misterio de la cruz ha iluminado su camino desde los albores de su apostolado. Dios irá educando a Juan para que lo experimente como el único. Desde diciembre de 1805 a diciembre de 1807, el hombre activo, creativo, el incansable, tiene que experimentar el primer paro forzoso. La enfermedad ha minado su organismo fatigado. ¿Cuál es la reacción de Juan María frente a esta prueba? Le ofrecerá la posibilidad de seguir trabajando por la Iglesia, desde la producción literaria y además podrá lanzarse a la lectura de los grandes espirituales. Sin embargo, Dios irá provocando lentamente rupturas. En 1812 un decreto que limitaba el número de seminarios en la diócesis provoca el cierre de la escuela eclesiástica de Saint-Malo, decisión que es cruel para el joven sacerdote que se ha entregado él sin cálculos, hasta agotar nuevamente su salud. Este nuevo paro en la vida del joven sacerdote de 32 años, será ocasión de profundizar en lo espiritual, dejando sus huellas en *“Meditaciones sobre los novísimos”*. El tema de estas meditaciones es acorde, sin duda, con su estado de ánimo, pero a la vez expresa también su resolución interior. Escribe: *“El pensamiento de la muerte me ocupa sin cesar, hasta ahora he tratado de dejarlo porque me entristecía y asustaba a mis pasiones; en adelante quiero que sus imágenes estén siempre presente en mi espíritu para que me despegue del mundo y de todo lo que no sea Dios”*⁴⁴. La pedagogía de Dios lo irá conduciendo hasta el abandono total, Dios empieza a quitarle amores.

El hombre de un inconfundible amor a la Iglesia comenzará, hacer la dolorosa experiencia del exilio; como a Job, Dios empieza a sondear su corazón. Nombrado vicario capitular en 1821, por el nuevo Obispo, Mons. de la Romagère, la prueba lo pone en una

⁴¹ Carta del 30 de abril de 1810, 18-A-&5, AFIC.

⁴² Cfr. Amadeo Cencini *“Amerai il Signore Dio tuo”*. Psicología dell` incontro con Dio. Ediciones EDB Bologna 1993. Traducido por Pérez Miguel Francisco como *“Amarás al Señor tu Dios”* Psicología del encuentro con Dios, Sociedad de educación Atenas, Madrid 1994, Pp. 107-118

⁴³ A, 31

⁴⁴ J.M. de la Mennais: *Meditaciones sobre los novísimos*. Edición de 1928, p. 11, 43, 22.

situación difícil, esta vez tocando las fibras íntimas de su consagración el mismo dirá a un amigo: *“Estoy en la más triste situación de cara a mi Obispo: a toda costa quiere destituirme, despedirme; incluso me ha amenazado con suspenderme. ¡Bendito sea Dios! La caridad crucificada es la más pura; pide a Dios que me haga fiel a mi vocación... Pide por mí, por este pobre Juan cuyas necesidades son tan grandes”*.⁴⁵ Todos los saben, Mons. de la Romagère, cuyas cualidades de celo y gran caridad, están acompañadas de defectos no menos patentes: originalidad, espíritu chismoso, testarudo y lo que es más grave, espíritu galicano bastante profundo. El corazón de Juan empieza a degustar la voluntad del Padre. Muchos años más tarde y por otros conflictos con el mismo obispo Juan dirá: *“No he tenido ninguna palabra amarga contra el que tanto motivo tengo para quejarme, porque a pesar de sus equivocaciones, le estimo siempre... Actúo contra su corazón... excusarle, no es indulgencia, es justicia”*.⁴⁶

Negarse a sí mismo, cargar con la cruz son las exigencias del que quiere en verdad, ser el discípulo de Cristo. Juan se ha entregado de lleno a la Iglesia, antes de su ordenación sacerdotal puede decir: *“El triunfo de la religión es una causa por la que moriría muy contento”*.⁴⁷ Frente a la inmensa labor por hacer en la viña del Señor, y que se presenta ante el joven sacerdote como una necesidad, se alimenta este espíritu *“Morir con las armas en las manos, en el campo de batalla, ¿No es una muerte hermosa y nos está permitido hoy buscar, buscar otra”*.⁴⁸ Sí, Juan va a experimentar la muerte, pero no la que se corona con la palma del martirio. Juan comienza a sentir que Dios quiere ser el centro de su vida, de su obrar y actuar. Juan lo sabe, Dios no se conforma con pequeños regalos, le pide como a Abraham el sacrificio del hijo amado, él lo va a expresar diciendo: *“Sí, es preciso que pasemos por todas estas pruebas, es necesario que nuestro espíritu sufra, que esté clavado, flagelado, crucificado, es preciso que todo en nosotros se llaga para que no haya nada, si puedo expresarme así, ni un solo punto sobre el que la gracia de Dios y la sangre de Jesucristo no se derrame”*.⁴⁹ Dios es paciente y de la mano de los acontecimientos va ir conduciendo el corazón de Juan hacia un amor incondicional.

Sin duda, lo más difícil para el hombre, es percibir, en lo profundo de su corazón, el paso de la presencia restauradora de Dios. No podemos gozar de la gratuidad del Padre, si no experimentamos perder progresivamente el control de la situación, de no ver claro, de no comprender; precisamente para decidirse a dejar a Dios la iniciativa, para aprender esa actitud que le resulta tan difícil al hombre, el abandono⁵⁰. Quizás desde esta óptica comprendamos mejor aquellas palabras de Jesús en el huerto: *“Abba, todo te es posible, pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres”*.⁵¹ Se descubre aquí un elemento esencial de la espiritualidad de Juan María: la imitación de Cristo doloroso.

Ahora sí nos abocaremos a lo que muchos autores llaman, la gran prueba, que lo afecta en lo más sensible, en su alma de sacerdote y en su corazón de hermano. Ruiz Salvador señala que *“para ser auténtica y madura la experiencia del espíritu, tiene que atravesar un periodo de desnudez, de aridez y tribulación”*.⁵² Nos detendremos aquí, señalando varios detalles, porque entendemos, es este momento donde se forja, en el silencio y el dolor, la verdad del sacerdote Juan.

⁴⁵ Carta de 8 de diciembre de 1820.

⁴⁶ Carta del 5 de junio de 1839, AFIC.

⁴⁷ Laveille: op. Cit. I,p.36

⁴⁸ Memorial p. 20-21 AFIC

⁴⁹ Memorial 20 y 23. AFIC

⁵⁰ Cfr. Cencini Amadeo. Op, cit. p 112

⁵¹ Mc. 14,36

⁵² CFr. Ruiz Salvador op cit. p 317.

Feli de la Mennais es superior de la congregación de San Pedro⁵³. Pero su toma de posesión expresadas públicamente en sus escritos, por medio del diario *L'Avenir*, suscitan varias oposiciones entre el clero y numerosos obispos⁵⁴. Feli acude al juicio del soberano Pontífice: la respuesta es la desaprobación con la encíclica *Mirari Vos* del 15 de agosto de 1832. Feli suspende la publicación del periódico y manda al Papa su sumisión. En Francia la aparición de la encíclica produjo un espacio de frenesí revanchista en los ambientes galicanos y legitimistas que Feli tan duramente había atacado⁵⁵. Por otra parte, algunos sacerdotes de Rennes que no habían visto con buenos ojos que el Obispo confiara puestos importantes de la diócesis a los de la Congregación de San Pedro, se sumaron a la campaña antimennaisiana. Feli es consciente de esto y dimite en agosto de 1833, Juan María es elegido Superior General. Pero entrevé el abismo que se abre bajo los pasos de Feli. Insistentemente invitado a firmar una carta de sumisión total, Feli no se decide; el 30 de abril de 1834, publica, a pesar de las advertencias y súplicas de su hermano y amigos, el libro *Palabras de un creyente*⁵⁶. Juan María expresa así su dolor a un amigo: *“Rezar y llorar, he ahí lo que me queda ahora por hacer. Lo que sufro no es nada más que el comienzo de lo que vendrá. Tengo que preparar mi alma a dolores <anchos como el mar>. Lo sé demasiado bien. ¡Bendito sea Dios!”*⁵⁷.

El quince de julio de 1834 aparece la encíclica *Singularis Nos* que condena las Palabras de un creyente y las doctrinas filosóficas de Feli; Juan María expresa a su hermano el dolor compartido: *“Acabo de ofrecer a Dios el sacrificio del Cuerpo y la Sangre de su Hijo para pedirle la resignación, la calma y el humilde valor que uno y otro necesitamos, en un momento en que nuestra alma está triturada por indecibles penas. ¡Oh mi pobre Feli, cree que te quiero mucho!”*⁵⁸ Juan, decidido a agotar todos los recursos compatibles con su fidelidad incondicional a la Iglesia para salvar a Feli, se encuentra con un sector de la Congregación de San Pedro, que no quiere o no puede aceptar su postura y convence al Obispo de la necesidad que dimita también como superior de la Congregación, dicen, les está dañando en la diócesis. El sacerdote Juan manifiesta su perfecta adhesión a la

⁵³ Las funciones de Juan van cubriendo tres objetivos: la educación de la infancia, las misiones y la dirección de los seminarios. Pero sus ambiciones van más allá, renovación e impulso de los estudios superiores eclesiásticos superiores. Feli se encuentra en la Chesnaie con una decena de sacerdotes y una docena de jóvenes seglares, todos de notable categoría intelectual. El acontecimiento de la expulsión de los Jesuitas de Francia 1828, hará que los dos hermanos aúnen sus esfuerzos para la fundación de la Congregación de San Pedro. Los dos hermanos redactan los estatutos: 1. La defensa de la Iglesia y del cristianismo y la propagación de las verdaderas doctrinas mediante escritos. 2. La educación laical o clerical, en colegios y seminarios, perfeccionando sin cesar los métodos de enseñanza e inculcando a los alumnos una sólida piedad y unas doctrinas que les confirmen inquebrantablemente en su fe. 3. Las misiones, retiros, direcciones de almas, congregaciones y academias de jóvenes. Ellos creen ver, a la luz de los acontecimientos, la posibilidad de un cambio y ofrecen la congregación para el trabajo en estos campos. Cfr. Rizzo, Carmelo, op. cit. Pp 80-81

⁵⁴ “Las ideas maestras eran en síntesis: a. No más concordatos, la Iglesia debe liberarse de la protección de los gobiernos que la convierten en instrumento de su política. b. Separación de la Iglesia y estado. c. La Iglesia debe asegurar la protección de los pueblos: contra los invasores, contra la sujeción de la burguesía y contra la explotación de los patronos. d. El pueblo libre es el verdadero dueño de la soberanía. e. Derecho de la insurrección de los pueblos si el gobierno no quiere o no puede cumplir la promesa de respetar los derechos. f. Derecho de la Iglesia a cumplir su obrar de evangelización con independencia total: libertad de conciencia, libertad de enseñanza, libertad de prensa, libertad de asociación” Cfr. Rizzo Carmelo. Op. Cit. P 86

⁵⁵ “Para muchos católicos franceses de 1813, libertad se identificaba con anticlericalismo, sectarismo y persecución. En nombre de la libertad se había perseguido a la Iglesia, se habían cometido infinitas tropelías, organizados orgías de sangre”

⁵⁶ “Es un homenaje a los sufrimientos del pueblo, un grito de odio contra los que le tiranizan, una predicación sobre de la intervención necesaria de Cristo para asegurar a los ciudadanos los derechos políticos y también, un himno de esperanza: rotas sus cadenas, los esclavos de hoy comerán el pan de la libertad ganado por el sudor de sus frentes” Cfr. Rizzo Carmelo. Op. cit. P 93

⁵⁷ Carta del 4 de mayo de 1834. AFIC

⁵⁸ Carta del 8 de julio de 1834, AFIC

encíclica y pide perdón por haber disgustado involuntariamente a su Obispo: *“¡Oh, qué doloroso es este golpe que viene rematar, ya mi doloroso corazón! Qué, tengo que afligirle a usted por quien tengo una amistad tan tierna, una veneración tan profunda. Le pido perdón”*.⁵⁹ El Obispo ha dictado su dimisión y tomado, bajo su dirección inmediata a los sacerdotes que se separen de Juan María, en cuanto a los que les sean fieles: *“Diles de mi parte, que les considero como excluidos de mi diócesis, en las que no les daré ningún puesto”*.⁶⁰ Mucho más el Obispo exige a Juan María que vaya al retiro de sacerdotes de la Congregación para declarar que no aceptará en ella autoridad alguna, en él Juan María dirá: *“Es cierto, no dudo en decirlo, que era, sin pretenderlo, un obstáculo al bien de la diócesis... Admiro como han podido soportar tan largo tiempo y con tanta paciencia lo que suponía de fastidioso mi triste nombre”*.⁶¹ La Congregación de San Pedro acaba de morir. Sin embargo, a los sufrimientos que acaba de vivir se agregan los nacidos de la liquidación de los bienes de la Congregación, aquí se topa con incomprendimientos y alegaciones ofensivas a veces, *“¡qué diferencia entre nuestras relaciones de hoy y las de tiempos atrás! Para expresar esta diferencia no tengo palabras, sólo tengo lágrimas”*.⁶² Comenta a, en otros tiempos, su amigo P. Coëdro.

Las pruebas se ensañan sobre Juan María, todavía es víctima de la oposición de sus cohermanos⁶³, desligan de su deber a sus religiosas, le oponen la voluntad del Obispo, en su sufrimiento dirá: *“Me han acusado de mentira y de robo... Mis excelentes hijas han sido ultrajadas indignamente: han dicho a quien ha querido escuchar que se oponían a su escuela por principio de religión... A todo esto no he dicho un sola palabra mi dolor ha sido mudo”*.⁶⁴

Mons. Bruté de Rémur⁶⁵, agregará un poco más de dolor en el corazón de Juan, el Obispo teme, en efecto que el afecto fraterno haya llevado a Juan a demasiados miramientos para con su hermano y le escribe, llegando incluso a sospechar de su fe: *“de orgullo y de puro afecto humano, refiriéndose a sus obras apostólicas, y añade, querido amigo... poca humildad, pues tus obras están llenas de amor propio; y hablándole de la firma colocada en la regla de los Hermanos dice: ese último nombre debe ser suprimido, pues revela ahora un horror involuntario en todo corazón católico y cristiano”*.⁶⁶ Es el nombre de Juan María de la Mennais. A esta serie de reproches tan duros e injustos Juan María responde: *“Nunca temas hablarme con franqueza. Aunque tu lenguaje fuera más severo, más rudo de lo que ha sido, nunca existirá en mí un sentimiento mayor de agradecimiento, con tal de que no tuvieses duda de mi fe, de mi perfecta sumisión a las decisiones de la Iglesia”*.⁶⁷

Pero sin duda la ruptura de su hermano con la Iglesia es la que abre en su corazón una herida incurable. Feli se endurece en sus posiciones e incluso las agrava, cuando el escritor publica *“Los negocios de Roma”* y *“Bosquejo de una filosofía”* Esta última arranca

⁵⁹ Carta a Mons. De Lesquen, el 4 de septiembre de 1834, AFIC.

⁶⁰ Carta de Mons. De Lesquen, del 2 de septiembre de 1834, AFIC.

⁶¹ Carta citada por Laveille, p. 516.

⁶² Carta del 10 de febrero de 1835, AFIC

⁶³ “Tengo una extrema repugnancia ...por justificarme, aunque tenga mucha razón, porque no podría hacerlo, acusando aquellos a los que he vivido durante nueve años, a los que he amado con tan profundo y sincero amor y que tan cruelmente han abrevado mi corazón de amargura” Cfr. Carta del 19 de abril de 1836, AFIC

⁶⁴ Carta a Mons. De Lesquen, citado por Laveille, p 532-533

⁶⁵ Amigo de juventud, Obispo de Vincennes, en Estados Unidos de América. Con él comparte la experiencia religiosa vivida en la Chesnaie, en San Sulpicio; la reflexión y trabajos realizados juntos con Feli sobre el tema del futuro de la Iglesia en Francia.

⁶⁶ Carta del 28 de octubre de 1835, AFIC.

⁶⁷ Carta a Monseñor Bruté de Rémur 25 octubre 1835 AFIC

el grito de Juan⁶⁸: *“Es como un martillazo que cae en llaga viva. Después de esto, ¿qué esperar, qué prever ya?”*.⁶⁹

El abandono a la voluntad divina, que recomendaba desde los primeros años de su sacerdocio, ha llevado a Juan cada vez más lejos en la conformidad con Jesús doloroso. Juan, el hombre de carácter fuerte y celo inquebrantable, el hombre tenaz, de quien “no se hace lo que se quiere”, comienza caer rostro entierra, pronunciando las palabras de Jesús, “Abba, tu voluntad” En esta conformidad con Cristo doloroso se ha gestado la espiritualidad de Getsemaní. Quizás comprendamos ahora, con mayor hondura, las palabras tan pronunciadas por él Dios Solo, “No hay más que Dios solo con quien yo pueda contar. Lo he creído siempre, pero no lo he sabido tan bien como hoy nunca”⁷⁰.

Un auténtico abandono sólo puede nacer aquí. Lo que me acontece no es ciego destino, aunque no lo comprenda. En el misterio de Getsemaní se manifestará con toda su fuerza la confianza absoluta de Juan en la Divina Providencia, Juan los expresará diciendo *“Providencia de mi Dios, oh madre que tantas veces he invocado y a quien he ofrecido, consagrado esta casa y todo lo que allí su gracia ha reunido. Providencia siempre buena, tan sabia, tan llena de piedad y amor para con tus pobres criaturas, te adoramos, te bendecimos, nos abandonamos sin reserva. Haz de nosotros todo cuanto quieras; no tenemos otra voluntad que cumplir la tuya en todas las cosas: en las humillaciones y en las grandezas, en la pobre y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte. Providencia de mi Dios vela sobre tus hijos, afiánzalos, dirígelos. Sé su defensa, su guía, su consuelo, su tesoro de alegría, su esperanza. ¡Dios Solo en el tiempo! ¡Dios Solo en la eternidad!”*⁷¹.

Se abre así, el espacio para la integración de fe y vida, en una personalidad que ha madurado en el silencio y el dolor.

⁶⁸ “Las relaciones entre los dos hermanos se va haciendo cada vez más fría. Feli decide abandonar la Chesnaie, que le recuerda un pasado que quiere olvidar y fija su residencia en París. Los dos hermanos no volverán a verse más. Feli no contesta sus cartas: cuando en marzo de 1840 Juan va a su domicilio parisino, su hermano le cierra la puerta. En vano Juan María le entrega el total disfrute de su de la vieja casa familiar. Feli, no quiere tener más relación con “la persona que sabes” Cfr. Friot Philippe, Op. Cit p156

⁶⁹ Carta a Mlle. De Lucinière, 24 e enero de 1841

⁷⁰ ATC II p. 126

⁷¹ S VII pág. 2165).

Cuarta etapa

Madurez cristiana

Hemos llegado a 1836. Juan María va para sus cincuenta y seis años. Ha pasado los tres años anteriores clavado en la cruz. Tanto dolor, tanta decepción, tanta tristeza. Se siente sólo... o casi. Ha hecho suyas las desgarradoras palabras de Jesús en la cruz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?⁷².

Pero el temple sobrenatural de Juan María no entiende de desalientos ni de repliegues egoístas. Ya ha hecho el noviciado del fracaso y ha sido purificado por la humillación y el sufrimiento.

Del dolor y desasimiento Juan María ha salido templado y recio. DIOS SOLO no es ya un lema sugestivo, sino una realidad grabada a fuego en su espíritu. No es una idea, no es un sentimiento, es una convicción profunda que lo afecta en lo más hondo de su ser. Es certeza vital, es afectividad, no tanto en cuanto sentimiento como en cuanto capacidad de dejarnos afectar por esa realidad. Su otra gran verdad, es la de *“dejarse devorar por la Providencia”*, es experiencia viva, la que le mantiene en esperanza.

Comprende que por caminos difíciles, pero que por caminos de Dios al fin, la Providencia le ha ido empujando poco a poco hasta acorralarlo en Ploërmel. Lentamente la Providencia ha ido cortando, y de forma dolorosa, los lazos que lo unían a Saint Briec y luego con París, y los fue atando con Ploërmel, lugar en el que está la casa Madre. Sus Hermanos son ya más de trescientos y ahora en adelante no habrá nada en su vida que no sea estar junto a ellos. *“He ahí tu obra”* le dijo un día Feli.

Es la etapa de la serenidad interior. La cruz ha sido dolorosa. Ha sido probado en el crisol y ha sido hallado digno. Con Ruiz Salvador podemos decir que en Juan *“la santidad es la madurez relativamente alcanzada en un largo proceso de santificación que comenzó con el bautismo y que culmina en la glorificación”*⁷³. Juan ha ido madurando. La gracia no ha sido infecunda en él⁷⁴.

En esta etapa de la vida Juan va consolidando la unificación de su vida en torno a dos ejes claves: El Dios Solo y la Divina Providencia. Ruiz Salvador nos dice a este respecto que: *“Dios ha puesto la santidad en el amor de comunión personal consigo y con los hombres y aquí es donde el santo la encuentra. En torno a Dios el santo unifica la vocación, la vida, el trabajo, las cualidades y los límites que tiene. Lo que distingue al santo es precisamente la unidad que ha alcanzado...”*⁷⁵. Todo proceso de unificación no se hace sin renunciaciones. A este respecto escribe Laveille, acerca de Juan María: *“Este hombre, ilustre de nacimiento, criado en la riqueza, acostumbrado a tratar con las mentes más cultivadas de su tiempo, llevado desde el principio de su carrera a los puestos eclesiásticos más relevantes, se ha confinado en el centro de Bretaña⁷⁶, en una zona retirada, y en aquella época casi inaccesible. Allí, se ha rodeado de jóvenes aldeanos ignorantes y al precio de sacrificios mil se ha entregado a instruirles no para elevarles a su nivel y encontrar en ellos después de algunos años de esfuerzo, hombres capaces de pensar y*

⁷² Evangelio

⁷³ Ruiz Salvador pág. 318.

⁷⁴ Cfr. Cor.15,10

⁷⁵ Ruiz Salvador Op. Cit. Pág 319.

⁷⁶ Ploërmel, lugar en el que está la Casa Madre, casa que vio nacer numerosos hermanos y por último morir a Juan María.

sentir como él, sino para darles la cultura rudimentaria de maestros de aldea. Para ejercer hasta la extrema vejez este modesto papel de catequista y pedagogo... ha renunciado a las satisfacciones intelectuales más elevadas y en cierto modo se ha rebajado hasta ser y permanecer hasta el final, al menos en lo referente a las necesidades cotidianas, “el ignorante bretón”. Tales renunciaciones requieren una dosis más que ordinaria de espíritu de fe”⁷⁷.

Esta fe impregna por completo su mentalidad, nutre su vida de oración y lo hace enfrentar con calma los desafíos que se le van planteando. Transcurre el año 1836 y el 11 de agosto el Almirante Rosamel, Ministro de la Mariana, en nombre propio y del Señor Guizot, Ministro de educación nacional pide oficialmente al Superior de los Hermanos de Bretaña se sirva organizar la enseñanza primaria en las Antillas. *“No le he dicho que no – contesta Juan-, sería tan bella y santa esta obra! Pero tampoco he dicho que “sí”. Porque se presenta siempre la triste objeción: ¿dónde hallar bastantes sujetos para cubrir tantas necesidades y por qué lanzarlos tan lejos cuando se tienen tan pocos? ¡Ah, si tuviera la ayuda que quisiera!”*. Juan no había salido aun de la Bretaña, no porque no quisiera, sino por su concepción de Iglesia Particular⁷⁸. Y saldrá. ¿Qué cambió? ¿Su noción de Iglesia? No. Lo que sucede es que la Iglesia Particular que peregrina en las Antillas no puede responder a las necesidades que en ella se descubren. Sola es impotente. Hay que darle una mano.

Juan descubrirá un nuevo llamado de Dios en la voz del Ministro de Marina Rosamel. Un nuevo desafío. Y... ¡qué desafío! Pero hay algo que Juan a esta altura tenía más que claro, lo importante a hacer es la “obra de Dios”. La tensión se produce entre el deseo de hacer la obra de Dios y la realidad. Tensión que no le quitará la paz interior a Juan pues su centro vital-espiritual no está en él, está fuera, es el Dios Solo. *“Soy consciente de los peligros, pero la obra de Dios es más importante”*. Por lo tanto *“Tengamos, pues, confianza y no nos inquietemos por algunos golpes de viento”⁷⁹*.

Juan María no lo ve claro del todo. Es toda una sorpresa a sus intuiciones de fundador. Había diseñado a los Hermanos como un cuerpo docente sólo para Bretaña. Es una situación, tan nueva, tan sorprendente... Pero de nuevo se le abre la mirada y escucha un rumor de gritos y cantos, de trabajos y lágrimas. Y todo ello se le hospeda en su corazón misericordioso, en su capacidad de amor entrañable. *“Me felicito más que nunca de haber emprendido esta obra: a pesar de las dificultades que presenta y los quebraderos que me da, moriré con gran alegría cuando la haya fundado”⁸⁰*.

Los primeros Hermanos salen el 10 de diciembre de 1837. Serán el primer eslabón de una larga cadena. Lo que les pide es que *“vayan libre y alegremente, no por obediencia, y que vayan, si es preciso, sin retorno”*. *“Este servicio se organiza poco a poco, no dejaré de dar a los Hermanos reglamentos detallados, cuando la experiencia nos haya hecho conocer los peligros a los cuales están expuestos. No se me ocultan ninguno de esos peligros, pero no me asustan, nada más que en cierto modo, porque tengo confianza que Dios, de quien mis Hermanos sólo buscan su gloria, los protegerá en medio de los peligros”⁸¹*. Los principios no son esperanzadores. La comunidad se va cayendo a pedazos y, para completar el cuadro, la epidemia de fiebre amarilla, que diezma la isla en 1838 y que alcanza a toda la comunidad, hiere de muerte a su superior. Tres Hermanos se

⁷⁷ A. Laveille “Jean Marie de la Mennais (1780-1860)”, París, 1903, Tomo II, pág. 595-596

⁷⁸ Pues, según él, la Iglesia Particular debe atender siempre, en primer lugar, sus necesidades. Cada Iglesia Particular es responsable de las necesidades que en ella se detectan.

⁷⁹ Carta al Hno. Gérard, 29 de abril de 1843

⁸⁰ Carta al Hno. Ambrosio del 3 de junio de 1843.

⁸¹ ATC III pág. 398.

desalientan y vuelven a Francia. Hay que volver a empezar. Todo se ha derrumbado, menos Juan. Le duele el fracaso, pero no lo desestructurará. Recomenzará con el mismo convencimiento: hacer la obra de Dios. *“No cuentes más que con Dios solo para el éxito de la nueva y tan grande misión (.....) es Él quien te la da y por eso es por lo que debes tener confianza: Él te sostendrá en tus trabajos”*⁸².

La confianza en Dios de Juan María le ayuda a resistir las pruebas, de las que sabe sacar lecciones humildemente. No se deja abatir por los obstáculos. Sabe animar a sus Hermanos: *“Si nunca fuéramos contrariados, y si todos nuestros esfuerzos tuvieran pleno éxito, ¿dónde estarían nuestros méritos?”*⁸³. La confianza de Juan está sólidamente basada en la fe en Dios, que nos sostiene con su gracia, pero también quiere nuestra participación en su obra. *“Haz todo como si dependiera de ti y espéralo todo como si dependiera de Dios Solo”*⁸⁴.

Esto es uno de los signos claros de la madurez cristiana de un hombre: la posibilidad de ir integrando los contrarios⁸⁵. Por ejemplo gracia-colaboración, don-tarea, voluntad de Dios-voluntad humana, acción-espera, ganar-perder, etc. A este respecto el Hno. Abel, testigo en el proceso de beatificación dice: *“Mi convicción es que su confianza absoluta en Dios Solo ha hecho más para avanzar sus obras que todos los recursos, todas las ayudas humanas”*⁸⁶. Confianza absoluta en Dios y esperanza activa, pues no quiere tentar a Dios.

Una certeza habita en el corazón de Juan María: Dios es quien hace la historia y dirige nuestras vidas, manifestando su voluntad a través de las personas y acontecimientos. Juan sabe dónde está el secreto: *“nada de pesares, nada de previsión inquieta; descansar dulcemente en el seno de la Providencia, es el secreto de la felicidad”*⁸⁷. Descubrir este secreto le llevó tiempo, paso por experiencias duras que lo hicieron madurar y ver que el secreto de la felicidad no estaba en el éxito de las empresas emprendidas sino en descansar confiado en la Providencia después de haber hecho todo de su parte.

El fruto de la esperanza es la paz⁸⁸, paz para el alma que se abandona en Dios: *“Esta alma lejos de irritarse por la contradicción... saborea una paz que nada la altera y siempre bendice, adora con gozosa alegría y tierno amor los designios de la Providencia sobre ella”*⁸⁹.

Esta es la experiencia de un hombre que se ha formado en la escuela del dolor y ha moldeado su interior en Getsemaní. *“En Getsemaní ningún enemigo es de temer”*⁹⁰. Getsemaní ha sido para Juan escuela de vida y de oración⁹¹. Allí aprendió a vivir la indiferencia y la disponibilidad. Getsemaní le ha descubierto dos realidades: que Dios es su

⁸² Carta al Hno. Arthur, 22 de julio de 1847.

⁸³ Carta del 1 de mayo de 1843, AFIC

⁸⁴ Cfr. Carta la Hno. Gérard en Basse-Terre (Guadalupe) 1854, AFIC.

⁸⁵ Cfr. Javier Garrido “Ni santo ni mediocre” Editorial Verbo divino. 3ª edición España 1994. Pág. 292.

⁸⁶ Super vitutibus, pag. 557

⁸⁷ Carta del 26 de enero de 1825, AFIC.

⁸⁸ “Los comienzos de la conversión son siempre difíciles, uno no se romper a sí mismo sin que le cueste; al entrar en el corazón la verdad, echa sobre él, primero la turbación, lo revuelve; sólo cuando se ha amparado de todos sus pensamientos, cuando ha penetrado y que reina en el fondo del alma, entonces la paz de Dios viene a habitar en ella” Cfr. A 39.1

⁸⁹ Memorial pág. 119, AFIC.

⁹⁰ Guide spirituel pág.66

⁹¹ Vida y oración, no vienen la una de la otra, sino que las dos deben vivir de la voluntad de Dios. Vida y oración está abiertas la una a la otra para poder vivir de él: “Abba, Padre, no lo que yo quiero sino lo que quieres tú”.

Padre, que lo quiere y que quiere lo mejor para él y que ese Padre lo puede todo. Es aquí donde nació el auténtico abandono de Juan. Lo que le acontece no es ciego destino aunque no lo comprenda. No es impotencia de Dios, aunque sólo vea la debilidad de la cruz. Lo que le sucede es designio amoroso y salvador de Dios, su debilidad se apoya en su gracia⁹². Por ello no teme a las dificultades, las reconoce, las acepta. “Sabe de quien se ha fiado”.

Madurez humana y madurez cristiana caminan de la mano, si bien no hay dependencia absoluta, *“dado que la gracia, a medida que se va desarrollando, contrasta mejor las negatividades del psiquismo haciéndose capaz de realizar cosas grandes con un instrumento humano débil”*⁹³.

Como lo marcamos en el capítulo segundo Juan era de temperamento fuerte, impetuoso, con gran vigor, *“hombre nervioso, vivo, ardiente, de tendencia natural a la impaciencia aunque desde niño lo supo tener a rayas”*⁹⁴. Esta tendencia natural se manifestó con fuerza durante algunos meses, después de haber sufrido una congestión cerebral⁹⁵. Había perdido su capacidad de autodominio. Era más fuerte que él. Esto es lo que dice un Hermano que lo cuidaba: *“El carácter de nuestro Padre es ahora más dulce de lo que era el año pasado. Se irrita menos ante las contrariedades y soporta mejor que se le contradiga. El año pasado, la enfermedad le dejó una sensibilidad y una susceptibilidad extremas. Una repetición, una palabra mal articulada, una contradicción, bastaban para que estallara con los más duros reproches. Pero un minuto después se humillaba hasta hacernos llorar. Hijos míos, nos decía, me enfado por cualquier cosa y sin razón. Las observaciones de ustedes son justas pero no soy dueño de mí mismo. Perdónenme”*. Es aquí donde notamos lo que decíamos con Ruiz Salvador: que la gracia en la medida que va creciendo contrasta más con las debilidades del hombre. Este hombre, Juan, se reconoce falto de dominio de sí en ciertas situaciones, cuando bien se podría haber justificado con su enfermedad. Pero no. La gracia lo ha ido trabajando por dentro. Acepta su realidad sin rodeos e incluso pide perdón.

Es más, este hombre que trabajaba “más cómodo cuando no tenía ni superior ni igual” decide hacerse ayudar por cinco Hermanos a los que llama sus “ministros”. Los asuntos del Instituto no pueden esperar y además lo desbordan. Se da cuenta de que sólo no puede y la salud ya no lo ayuda. El decidirá y sus “ministros” ejecutarán. En el retiro de septiembre de 1848 comenta en asamblea plenaria su “Acta de última voluntad” y anuncia a los Hermanos de las colonias lo que ha decidido para cuando muera. *“De este modo, cuando quiera Dios retirarme de este mundo tendrán como Superior a un Hermano que, así lo espero, por su sabiduría y celo perpetuará la obra que he fundado. Este es mi único deseo y tengo la firme confianza de que así se cumplirá. No olvidarán al que fue vuestro Padre y que los ama tan tiernamente. Apresurarán con sus plegarias el momento en que, por su misericordia, Dios le abra las puertas del consuelo y paz eternos”*⁹⁶.

Gracias a Dios la muerte no estaba cerca, pero la experiencia de desprendimiento se va viviendo, poco a poco el “hombre de hierro” va muriendo. Está más debilitado en su cuerpo pero siempre con la misma paz luminosa, con la misma vigilancia, con el mismo

⁹² Cfr. Apuntes Hno. Merino “Claves de la oración según Juan María”.

⁹³ Ruiz Salvador, Op. Cit. pág. 318.

⁹⁴ Mons. Maupied

⁹⁵ Juan sufre dicha congestión cerebral en Guingamp el 16 de diciembre de 1847, momentos antes de celebrar la misa en la capilla de los Hermanos.

⁹⁶ Carta al Hno. Eutimio Septiembre de 1848?.

ánimo, feliz de sentir desde su habitación la alegría reflejada en las voces de los niños que se divertían en el patio de la Casa Madre en Ploërmel.

La conciencia de que la “hora” no está lejos lo lleva a solicitarle con todo el corazón a Pío IX la bendición y aprobación del Instituto, este es su anhelo, su deseo. Además le dice que se moriría contento si tuviera el consuelo de ver afirmada la obra por la paternal bendición del Vicario de Cristo. Por fin, a principios de febrero del año 1851 llega de Roma no sólo el “decreto laudatorio” reconociendo con términos de benevolencia, según costumbre, “el Instituto de los Hermanos de la Instrucción Cristiana”, sino todo un breve de felicitaciones⁹⁷.

André Merlaud describe el momento de recepción del laudatorio de la siguiente manera: *“El anciano sacerdote obtenía su recompensa. Sus manos temblaban. Lágrimas de felicidad corrían por sus mejillas arrugadas. Había algo soberanamente patético en su mirada en el momento en que el Obispo de los obispos, aquel en quien la palabra de Cristo está depositada en toda plenitud amparaba con su autoridad la obra de toda su vida. ¿Tendría ya rostro el pasado? ¿Qué quedaba de aquellos juicios en que los hombres amargados inventaban “su pecado”, esparcían sus sufrimientos y comprometían su obra? ¿Qué quedaba de aquella rabia del mundo en que se levantaba colérico al solo recuerdo de su nombre? Roma había hablado. Juan María concluía que el pasado, el presente y el porvenir eran todo uno en las manos del Señor...”*⁹⁸. Sin embargo el gozo no es pleno. Feli no participa. La espina sigue clava en su carne.

Al final de la vida incluso el tiempo se va unificando, la verdad que este encierra se va develando con más claridad; pero ha sido necesario esperar para que el tiempo madure a fuego las mieses. Juan es el fruto maduro del Huerto de los Olivos. La historia ha sido su gran pedagogo porque ha sabido leerla entre líneas y descubrir en ella la voz inconfundible de su Maestro. Ella ha sido dolorosa por momentos, pero Juan sabe que la noche de la pura fe no es infecunda.

La experiencia de Getsemaní ha sido clave en la vida de Juan. Esta realidad es la que le ha permitido la integración y la estructuración de valores aparentemente contradictorios. El misterio de Getsemaní tiene una gran fuerza integradora y estructurante. En esto consiste la madurez cristiana según Garrido: “en la síntesis de los contrarios”. Getsemaní le ha permitido integrar amor y exigencia, abandono y renuncia, silencio y presencia, el tú lo puedes todo y la noche de la pura fe, saber esperar el momento de Dios y trabajar por el reino, confianza plena y tarea, debilidad y fortaleza, esperanza y seguridad, historia y gracia, en torno a dos certezas, como lo decíamos al comenzar el capítulo: Dios Solo y la Divina Providencia. Así lo expresa Juan: *“¡Dios Solo, Dios Solo! ¡Qué!, ¿Dios Solo no nos bastará?”*⁹⁹. Y también: *“Confiad en la Providencia como en una buena madre”*¹⁰⁰. Estas dos realidades le han permitido nuclear su vida y a la vez prepararlo para el momento culmen: *“Dios mío, ¡que tu voluntad sea siempre la mía! Tengo un solo deseo: no oponer jamás la menor resistencia a lo que pidas de mí. Me entrego a Ti por entero; haz lo que te plazca con esta pobre criatura”*¹⁰¹.

⁹⁷ Dado en Roma el 1 de febrero de 1851 por Pío IX.

⁹⁸ André Merlaud, Op. Cit. Pág. 299-300

⁹⁹ Sermones VIII, pág. 2454, AFIC

¹⁰⁰ Carta del 25 de mayo de 1818.

¹⁰¹ A. 66

Quinta etapa

Muerte y glorificación

“La lenta pérdida de vida y de muerte real, con vistas a la resurrección, es experiencia del bautismo, que sirve de norma y de principio en todo el proceso. El binomio muerte-resurrección es ley constante del itinerario cristiano: para dar fruto, hay que morir; el que pierde su propia vida, la conquista: Este principio se ha ido ya verificando en las fases anteriores del proceso...”¹⁰². Este pensamiento manifestado por Ruiz Salvador se ve expresado en las siguientes palabras de Merlaud: “Juan María muere como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. Es el término de un prolongado entrenamiento que no encierra nada extraordinario, sino fuera por la impresión de vacío que produce en la tierra”¹⁰³. ¡Cuánta verdad! ¡Su vida ha sido un continuo morir! ¡Morir para vivir! El que pierde su vida por mí la salvará. Esto ha intentado Juan. No le resultó fácil, pues su forma de ser era ciertamente difícil de domar. Morir a su propia voluntad ha sido la lucha permanente de Juan. Es por ello que ha definido a la vida del hombre como una vida tentada entre hacer la voluntad de Dios y la propia. Esta tensión es permanente y la experiencia no lo desmiente.

En la etapa anterior habíamos dicho que Juan había sufrido un ataque de parálisis el cual había puesto sus días en peligro. Fue un primer aviso de la muerte. Se recuperó pero quedó debilitado. En su correspondencia encontramos un eco de su dolor y de su abandono en Dios: *“He estado muy enfermo: todavía lo estoy y no tengo ninguna esperanza de recuperar la salud y las fuerzas de antes... ¡Oh!, ¡qué triste es envejecer! Lo siento más que nadie, pues más que nadie me gustaba el movimiento¹⁰⁴. Pero ¡que se haga la santa voluntad de Dios! Me resigno con amor”¹⁰⁵. Sin embargo, el hombre que asiste a su propia disolución con esa dignidad a la vez airosa y apacible, no renuncia del todo al combate; Dios no lo ha llamado aun del todo al retiro. Lo va preparando, le va cortando lazos, ¡y qué queridos! El Hermano Cipriano es su mano derecha, está llevando la dirección de las obras. Tres años antes de su muerte nombra Hermanos visitantes como prolongación de su persona. Poco a poco se va despidiendo. Estos últimos instantes son amasados con caridad, con humilde abandono, con conciencia de despedidas parciales... Su cuerpo lo nota: *“¡Lo que es llegar a viejo! Se muere por todas partes antes de morir del todo. Consolémonos diciendo como San Pablo: Para mí morir es una ganancia”¹⁰⁶.**

André Merlaud dice *“que es raro que los ancianos sean grandes constructores. En general, el egoísmo les llena de satisfacción por lo que antes hicieron para sí. Destruir, transformar, son actos juveniles, cuando las añoranzas no velan en demasía su vida. Para Juan no se trata de salvar recuerdos, ni añoranzas, sino el porvenir de su obra. De todos modos esto no le prohíbe expresarse con admiración cuando echando un vistazo hacia el camino recorrido descubre la mano de Dios. Parafraseando al poeta podemos decir que “al volver la vista atrás se ha de ver las huellas que develan el rostro paterno de Dios”. Juan lo expresa así: “Cuando pienso en aquel granito de mostaza que eché en tierra hace cuarenta años, sin imaginar lo que llegaría a ser, pero gracias a los cuidados de la Divina Providencia, me es grato, tras tantos años de trabajos y pruebas, ver hoy vuestra obra desarrollándose cada vez más en Bretaña, implantarse en el sur de Francia, y extenderse*

¹⁰² Ruiz Salvador, Op. Cit. Pág. 321

¹⁰³ André Merlaud Op. Cit. Pág. 325

¹⁰⁴ Varias cartas dirigidas a Juan dicen: Al Señor La Mennais, por los caminos de Bretaña. Era difícil encontrarlo en la casa Madre. Su preocupación eran sus hijos, a ello se dedicaba, a ellos visitaba.

¹⁰⁵ Carta a la Srta. De Cornulier, 8 de septiembre de 1849, 28-A-56. AFIC.

¹⁰⁶ Carta a la Srta. De Cornulier, 9 de enero de 1851, 28-A-61. AFIC.

*más allá de los mares. Ante esta vista no puedo más que turbarme y exclamar con la Escritura: Sí, el dedo de Dios está ahí*¹⁰⁷.

Juan nos había dicho que “antes de morir del todo se muere por todas partes”. Esta es su experiencia y la experiencia que invita a que sus hijos realicen. La muerte a las cosas del mundo conduce al encuentro con Dios, a “*desprenderse de la Nada para apearse al Todo*”¹⁰⁸. Esta tarea implica un proceso; a morir se aprende. “*Es preciso que tu sacrificio sea completo, como debe serlo y como hemos hecho la promesa de ello; por desgracia la naturaleza se opone demasiado a menudo; murmura y grita*”¹⁰⁹. Esta realidad es experiencia vital en Juan. No habla de oídas. Él es el primero en experimentar en su carne esta “rebeldía”, esta lucha. El mismo Jesús dirá en el Huerto de los Olivos: El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. Velen y oren para no caer en tentación¹¹⁰.

La virtud que Juan más reclama a la hora de enfrentar esta lucha es la humildad, “*porque es el fundamento de todas las demás, y no se puede sin ella tener ningún rasgo de semejanza con Jesucristo*”¹¹¹. La humildad será la fuerza de la Congregación. Pues “*las obras de Dios sólo crecen a la sombra y por la noche cuando cae el rocío del cielo*”¹¹². Juan ha ido creciendo a la sombra de la Divina Providencia y del Dios Solo. Estas dos realidades fecundaron su vida. La Divina Providencia se ha constituido en la sombra que lo protegía y el Dios Solo en el rocío divino que caía del cielo y lo fecundaba. “*Dios mío, te he elegido por mi suerte y esta suerte no me será quitada; tú sólo eres algo para mí, y por siempre tú sólo, Dios mío, serás todo para mí: la vida no es nada, la reputación no es nada, la fortuna no es nada, la ciencia no es nada, ¡Dios Solo, Dios Solo!*”¹¹³.

Juan, poco a poco, va considerando todo como basura con tal de ganar a “su” Dios Solo. Ese es su tesoro. Lo ha encontrado y ha vendido todo para adquirirlo. Ahora le pertenece. Mejor dicho: Juan le pertenece.

Su potencia física ha bajado visiblemente. Ya no sale a darse un paseo por los jardines de la casa Madre. Sus pies se arrastran, su memoria se embarulla. Su historia “externa” parece alejarse más y más de su historia “interior”. Moría todo lo que había sido pasión en la acción. Con Ruiz Salvador podemos decir que “*el camino del crecimiento humano y cristiano sufre una lenta flexión y finalmente una violenta ruptura*”¹¹⁴. Juan está cerca de esta ruptura violenta. André Merlaud dice: “*ama su declive, su anonadamiento, porque así lo quiere el Señor que en él crece y que con su irradiación purifica las sombras que se ciernen en su camino nocturno*”¹¹⁵. ¡Es tan sencillo morir cuando se ha vivido de cara a la eternidad!

No estaría todo consumado si no les dijera lo que teme por ellos con la eternidad delante. Y dicta al Hermano Cipriano: “*Carísimos Hermanos: pocas enseñanzas son tan provechosas como las que nos da el tiempo, cuando consideramos la rapidez con que pasa. Sepamos aprovecharnos de ello. Cada año que transcurre es un gran paso a la eternidad; (.....) este será el último para varios de nosotros... ¿Quién está preparado? (.....) ¿Qué responde nuestra conciencia? (.....) ¡Es hora que despierten del sueño! El Señor está*

¹⁰⁷ Circular para el retiro de 1857, AFIC.

¹⁰⁸ Memorial, 90, AFIC.

¹⁰⁹ Carta al Hno. Césaire, el 28 de noviembre de 1845, AFIC.

¹¹⁰ Mt. 26,41.

¹¹¹ Sermones VIII, pág. 2508, AFIC

¹¹² Carta a Mlle. De Cornulier, 8 de enero de 1834, AFIC.

¹¹³ Memorial 90, AFIC.

¹¹⁴ Ruiz Salvador Op. Cit. Pág. 320.

¹¹⁵ André Merlaud, Op. Cit pág. 322

cerca". Tengo la dulce confianza de que dóciles a la solicitud de mi voz paternal que quizá se haga escuchar por última vez, se levantarán y caminarán con nuevo ardor (.....).No les voy a ocultar que mis fuerzas se debilitan sensiblemente, sigan pidiendo por mí. Después de Dios y de la Bienaventurada Virgen María mi pensamiento más íntimo es para ustedes. (.....)"¹¹⁶. Esta es su carta de despedida. Todo va indicando que la obra está cumplida. No lo grita porque sus fuerzas no le dan y porque además tiene conciencia de la obra de Dios no ha finalizado; ésta debe continuar en la historia y es misión de sus "hijos" hacerla realidad. Será el Hermano Cipriano será el responsable de llevarla adelante: "Hijo mío, termina mi obra".

En los últimos momentos de su vida se lo veía arañar la manta, buscar un último apoyo como si todo desapareciera ante él. La violenta ruptura, porque es ruptura estaba ante él, pero la naturaleza aún se resistía. Frente a estos desgarradores momentos sus hijos se acercaron como para ayudarlo y les dijo: *"¡Oh, gracias hijos mío! Cuánto trabajo les doy. Cuánta gratitud les debo a todos. ¡Oren hijos míos, oren!...*

Fueron sus últimas palabras. Él que conoció tantas luchas en su vida, guardaba para el final la delicadeza del gesto de amor. Dios, en el silencio, fue moldeando la imagen de su Hijo Unigénito en una persona que multiplicó sus talentos al extremo. Juan, poco a poco, se dejó ir estructurando en la escuela de Getsemaní en torno a "su" Dios Solo y a la confianza sin límites en la Divina Providencia. Dura fue la tarea de ponerse en manos del alfarero, se resistía, la naturaleza murmuraba, pero cuando la cruz lo tocó en profundidad dijo: *"Providencia de mi Dios, oh madre que tantas veces he invocado y a quien he ofrecido, consagrado esta casa y todo lo que allí su gracia ha reunido. Providencia siempre buena, tan sabia, tan llena de piedad y amor para con tus pobres criaturas, te adoramos, te bendecimos, nos abandonamos sin reserva. Haz de nosotros todo cuanto quieras; no tenemos otra voluntad que cumplir la tuya en todas las cosas: en las humillaciones y en las grandezas, en la pobreza y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte. Providencia de mi Dios vela sobre tus hijos, afiánzalos, dirígelos. Sé su defensa, su guía, su consuelo, su tesoro de alegría, su esperanza. ¡Dios Solo en el tiempo! ¡Dios Solo en la eternidad!"¹¹⁷.*

¹¹⁶ Circular de diciembre 1860. Es la última que escribirá.

¹¹⁷ S VII pág. 2165.

Conclusión

Morir para Juan María es desprenderse de la nada para apegarse al todo. El trabajo de la vida cristiana, es restablecer la imagen perdida en el paraíso. Después del pecado, la historia de la salvación buscará conducir al hombre de nuevo a la comunión con Dios. Comunión que se realiza en la escucha profunda de la Palabra del Padre. El hombre es fundamentalmente obediencia a la Palabra, Feli lo expresará diciendo, *"el principio de nuestra vida no está en nosotros. Dependientes, pues, de la causa por medio de la cual existimos, la primera ley de nuestro ser es la obediencia"*¹¹⁸

Es en Getsemaní donde Jesús nos muestra el camino de vuelta, el camino de la obediencia. Getsemaní es el verdadero camino pedagógico, mostrado por Jesucristo, Cristo Rey García Paredes dirá: *"La obediencia y la humildad de Cristo marcan el camino del retorno hacia el Padre, ante quien todo hombre tiene que postrarse y reconocer su soberano dominio"*.¹¹⁹

Getsemaní es el misterio de la escucha, es el misterio de la obediencia. Este el camino que ha recorrido Juan María a lo largo de su vida: *Abba, Padre*: contemplación de amor. Dios, es su Padre lo quiere y quiere lo mejor para él. *Tú lo puedes todo*: La Providencia dirige la historia, y lleva adelante su designio de salvación, Juan es instrumento en las manos de Dios. *No lo que yo quiero sino lo que quieres Tú*: La voluntad de Dios, es la única y verdadera referencia de la vida de Juan. Este es el camino que el hombre debe recorrer para curar su voluntad. Este es el camino que ha recorrido Juan María. *"La cruz encierra todo lo que debemos saber y nos revela todo lo que debemos practicar"*.¹²⁰

En la cruz, Jesús realiza el verdadero sacrificio, el sacrificio que todos debemos hacer, el sacrificio de la voluntad, de la individualidad, el sacrificio del amor. El verdadero sacrificio que salva: *"Por fin, el sacrificio de Jesucristo fue total: renuncia a los bienes, a los honores del mundo, a las comodidades de la vida, desde el pesebre hasta el calvario... pero sobre todo renuncia a su voluntad"*.¹²¹ Comprender la historia de Juan María es contemplar, es comprender el alcance de la exigencia del seguimiento de Cristo: *"El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga"*.¹²² Es en definitiva hacer la voluntad del Padre.

8 de Noviembre de 2000
4º año. Instituto Lumen Christi

¹¹⁸ Feli: Gesu. Imola. p.46.

¹¹⁹ Cristo Rey p.75

¹²⁰ S.VII. p.2191

¹²¹ A.276

¹²² Mc. 8,34